

mejores resultados, ha sido la de aquellos que disfrutaban con el gusto de contar, y en una línea, cuyo primer eslabón cronológico, se situaría en el largo proceso democrático y, con Eduardo Mendoza a la cabeza, o ese otro período de afianzamiento social y político en que han proliferado las obras de otros narradores como Luis Mateo Díez, el inicial Antonio Muñoz Molina como muestra reveladora de una narración de acontecimientos que enganchan al lector, una estrategia entre la invención y la memoria, como planteaba ya en su *Beatus Ille*, en ese espacio geográfico que bautizó con el nombre de Mágina; y una memoria como algo que hay que salvar e inventar reiteradamente, o el caso más reciente de Luis Landero, extremeño afincado en Madrid, que ha creado su obra, con vehementes reminiscencias de su tierra, y cuya estructura se completa con esos incidentes que sobresalen por su propia inventiva, por el desenfado de su prosa, por el sarcasmo y el humor que no resultan, en medida alguna, gratuitos y que se traducen en una actitud comprensiva e indulgente sobre la visión del ser humano. Si la obra de Landero resultó, en suma, madura, cuando apareció en el panorama editorial de finales de los ochenta, no menos podemos decir de la sorpresa que la editorial sevillana Algaida nos propone en estos días, un texto que aunque distanciado de aquel por la perspectiva de unos años, se inscribe en la convicción del relato bien construido; se trata de la novela *Los días del Sur* (1995), cuyo autor, Francisco Rivero, reincide en el gusto por contar en su sentido estricto; sevillano de Los Morales, como puede leerse en los breves créditos, se ha afanado en un primer libro pergeñado de sugestivos sentimientos y en torno a un argumento cuyo mejor complemento es su estilo mismo, ágil y brillante.

Si apuntábamos una desconfianza en el género narrativo de los setenta, no menos sorpresa causó la aplicación de un concepto nuevo al conjunto de obras publicadas por andaluces que empezaban a sonar en el panorama narrativo general, aunque en ningún caso se trataba de constatar un hecho desde el punto de vista formal, estructural o temático: el concepto *Nueva Narrativa Andaluza* no manifestaba entonces, abiertamente, el compromiso social de una Andalucía castigada, y tan sólo evidenciaba un esteticismo heredado de los grandes clásicos que habían configurado el panorama narrativo durante siglos; una reserva de valores que ofrecía una situación real y extre-

ma de los conflictos cotidianos que se venían heredando de generación en generación, pero más que nada fue un hecho que aprovechó ciertos cauces editoriales para mostrar dentro del contexto de *boom*, otro concepto, esa *Nueva Narrativa Andaluza*, como un fenómeno que sí, por cierto, existió se ha venido repitiendo desde mediada la década de los ochenta y que persiste en nuestros días.

La acción de *Los días del Sur* se sitúa en la imaginaria Matabueyes, y el punto de partida lo constituye el júbilo por la celebración de las elecciones municipales, la consecución última, por otra parte, de un largo proceso donde el delirio popular, colectivo y contagioso provocarán el sentido último del relato. Es la historia del viejo don Santito León y, también, el punto de partida de una memoria que se remonta a los días lejanos y hermosos del siglo XIX y los primeros de un XX que se aventuraba a los diálogos del progreso y a las incertidumbres del porvenir. Matabueyes, entonces villorrio miserable, aislado y desconectado del resto de provincias del Sur, emergía cual el Macondo mágico y deseoso de recibir las maravillas del mundo: a este lejano punto, se cuenta, habían llegado sucesivamente cacharros de cocina, purgantes de alquimia, escopetas de pistón, escupideras de China, mejunjes milagrosos, plumas estilográficas, piedras de mechero y el prodigio de la luz. Y completando la lista, otra, la de toda una galería de personajes cuya mejor filiación se concreta en la saga León, entrevista a través de tres generaciones, aunque buena parte del relato se justifique en la depravada actuación de Luisito el de la Esclava, de cuyas perversidades se dan cuenta desde la misma edad escolar, recorren toda su adolescencia y continúan en una juventud militar que se concretan en una desafortunada actuación durante la contienda civil, sembrando el pánico en toda la región. Ésta junto a otras pseudohistorias constituirá el factor dinamizador de *Los días del Sur*, otro retrato en sepia de los condicionamientos históricos y políticos de una situación española que se prolongaría por espacio de más de cuarenta años, y que llegó a provocar los enfrentamientos ideológicos de toda una sucesión de generaciones. Pero la historia de Luis Verdugo, es la de una muerte anunciada y la que provoca la justificación del grueso del relato, cuando por boca de la agorera Angustias la de los Gallos, ante el descarnado asesinato de su hijo Dieguito Trescalés y a la vista de la camioneta que se lo llevaba,

sentencia al sargento Verdugo: *Por culpa de la política, tú vas a matar a mi hijo, pero la política te matará a ti; permita Dios que te mueras rabiando, solo y sin luz.* El resto del relato se convertirá en la larga tregua de la maldición; cuarenta años vivirá confiado el militar, pensando en que el tiempo borraría las huellas de sus desmanes, se instalará en Matabueyes y se incorporará a la vida de los ilustres y señoritos de la población.

Una prolija y extensa cantidad de páginas acompañan al relato posterior que trata, junto a la exhaustividad, de reproducir la mejor prosa de la tradición española, esa que se inscribe en el estilo de Valera o Galdós, el tremendismo valleinclanesco o la mejor perspectiva acróica mágica de la vida de algunos personajes, cuando van adquiriendo relevancia a medida que avanza el relato, caso de Manuel Preciso, el científico marquesiano, que llega a instalar su propio laboratorio experimental en la buhardilla de la fonda y donde sucesivamente ha ido acumulando cosas tales como, un telescopio de manivela para escrutar las noches del firmamento, una palangana de cobre que utilizaba como pluviómetro en los días de lluvia, un cepo con dientes de sierra para cazar tejones, un infiernillo portátil con mecha de colores, un carburador oxidado de cuatro tiempos, agujas hipodérmicas para vacunar borricos, más de siete despertadores, un aluvión de botellas enanas, herramientas de latero, probetas, tubos de ensayo y jarrones de alquimista, una variedad instrumental que se refuerza con la vigencia de un léxico tradicional y rico de una desmesurada y detallada adjetivación, palabras, en suma, que asombran y estremecen por su sonoridad, todo anotado para dar cuenta de la construcción del primer invento, su famosa «bomba antipájaros de fabricación casera». La razón del personaje, servir de enlace entre el inicio y el final del relato porque será él, *culto de batiburrillo*, a quien no se le escapaba un detalle, el encargado de facilitar toda clase de informes a la población y sobre todo a su compadre don Santito cuando en las últimas páginas de la novela se cumpla, definitivamente, la maldición.

La vida de don Santito se complica cuando el sargento Luis Verdugo se decide, frizando la edad de los solteros cuéscaros, casarse y repara en la segunda generación del indiano, Virtudes, retratada como hembra varona, corpulenta, enmorrillada, cuya única virtud era ser la hija única de don Santito León a la vista de Luis

Verdugo. Una vez casados, tras unos meses de noviazgo empalagoso, ambos empezaron a escribir la historia dislocada de los truenos matrimoniales, porque desde el principio saltó a la vista que Luisito tan sólo ambicionaba ser dueño de la fortuna de su mujer.

A estas alturas del relato, dejando atrás un argumento tan violento como trepidante, lo que puede decirse del mismo es que éste ya no se lee, únicamente, por el interés que pueda suscitar en sí la historia, de extraordinaria amenidad, sembrada de imágenes estremecedoras, sino por el placer que ha ido adquiriendo el tono narrativo, remanso de amabilidad, simpatía o complicidad que el lector adquiere con sus principales personajes, que no dejan de interesarnos porque es la suya una historia tan triste como regocijante, de sabor clásico que sólo puede vituperarse por la extensión de algunas prolijidades innecesarias.

Un nuevo personaje decidirá la continuación de la saga familiar: la bendición del matrimonio con una niña, Laura, que a mucha gente dio la impresión de que el sargento y su mujer se habían limitado a traerla al mundo para olvidarse pronto de ella; aunque fueron las criadas y don Santito, el abuelo, quien se encargó, exclusivamente, de enseñarla a soñar, de contarle cuentos, hermosas leyendas del Sur que habían ido transmitiéndose de boca en boca, algo que iba a convertir a Laura en una niña soñadora, sensitiva, de enormes ojos espirituales; la proyección de una infancia deslumbrada por los relatos maravillosos del abuelo que pronto sería abortada por la exigencia paterna de inducirla a la realidad de historias llenas de espanto y su posterior animadversión a que siguiera en la casa, tras un suceso banal que calificaría a la niña de libertaria. Se decidió su internamiento en un colegio de San José de los Truenos, a la sazón un edificio enorme, grandioso y fortificado como un castillo feudal, donde estuvo la niña diez años de auténtica pesadilla que se concretaban en un ir y venir de clase al oratorio y del oratorio a clase. Cuando abandonó, definitivamente, el colegio, su madre esperaba encontrarse una señorita de pitiminí, alguien a quien había que casar con un joven del lugar, de buena familia. Pero nada más lejos de esto: la joven se encaminó a la capital y allí se dedicó en cuerpo y alma al amor y a la pintura, al mismo tiempo que se aficionaba a la política, tanto que desde la izquierda más

libertaria la convencieron para que se afiliara al Partido Comunista de reciente legalización. La secuela nostálgica anunciada desde las primeras páginas de la novela se complementa en este *altergo* del Luisito fascistón en la figura de su propia hija, contestataria y procomunista.

Los celos y desconfianza de don Santito León habían llevado al indiano a desconfiar de su yerno, alguien a quien sabiéndolo hombre sin escrúpulos había mantenido alejado durante tantos años; la edad y una enfermedad repentina le brindarán la ocasión al sargento de alcanzar lo que llevaba esperando tanto tiempo: la suerte de que su suegro pronto entregara su alma a Dios y testara a favor de su única hija. Las últimas cien páginas no hacen sino alargar una agonía mezclada con los sucesos políticos que justifican todo el proceso: un cambio vislumbrado por el Sindicato de los Trabajadores de la Tierra y la misma nieta del protagonista que acude a estar sus últimas horas con el abuelo y a convertirse en apoyo solidario con la causa social.

Buena parte de los personajes secundarios tan pintorescos como tronados muchos de ellos, aunque dotados de una humanidad poco habitual, imprimen el carácter de colectividad a una novela que durante tantas páginas ha sido orquestada en función de una única historia y que confiere esa conclusión final de tres dimensiones que puede verse en el relato, la profunda unidad de tiempo, la anchura del espacio esgrimido y la intensidad de las pasiones narradas que actúan de una manera concertada.

La llegada de Laura significará, finalmente, el reencuentro con un pasado y la garantía de continuación de un futuro, como queda apuntado por el pernicioso padre José Salomón; la joven apareció un lunes cárdeno y tan sólo Manuel Preciso estaba presente; cuando la descubrió en el otro andén de la vieja estación, el científico la llamó, la abrazó y le aseguró que su abuelo la estaba esperando; que su padre estaba convencido de que iba a ganar las elecciones, de que aunque las ganara no iba a ser el alcalde de Matabueyes porque la maldición de Angustias la de los Gallos se iba, definitivamente, a cumplir. El resto de páginas de *Los días del Sur* no hacen sino constatar la visión última del escritor Francisco Rivero que desde el inicio de su novela ha querido poner de manifiesto un tipo de relato de ambiente rural hoy casi desaparecido, el retrato de una sociedad que ha seguido alimentando

durante años rencores históricos, esa sociedad vinculada por señoritos de café y sostenida por otra reprensión eclesiástica, frente a la miseria y lucha por la tierra, las hambrunas de un Sur tipificado, todo envuelto, literariamente, en una maldición gitana que justifica el fin último y la insondable perversidad en que se ha visto sumergida la región hasta la celebración de las elecciones y el triunfo popular para configurar así un argumento que se debate entre lo lúdico y lo dramático, sobresaliendo esto último en una tierra que cree ya perdida y olvidada una memoria, que se sustenta en los grandes temas a que recurre el autor para contar su historia: primero, el imaginario para recrear el mundo en torno a Matabueyes, la tierra, las gentes, el ambiente, y segundo, la referencia al pasado, incluida la guerra civil y la larga época franquista, hasta desembocar en la fría perspectiva de la distancia y llegar a los días del presente, donde la ironía y el escepticismo se mantienen hasta el día de las elecciones y sólo se disipan cuando se cumple la consumación de la maldición.

Pedro M. Domene

El desasimiento de la voluntad*

De un tiempo a esta parte, sobre todo en los últimos diez años, la obra de Heidegger ha tomado una rele-

* Hugo Mújica, La palabra inicial. La mitología del poeta en la obra de Heidegger. Trotta, Madrid 1995, 197 págs.